

versal, sabe juzgar y apreciar mejor que otros las obras de los demás.¹

En cuanto á los críticos que hasta ahora se han ocupado en mis producciones, ha habido maestros cuya indulgencia merecerá eternamente mi gratitud, y siempre y en todas partes procuraré merecer con justicia los elogios, aprovecharé las críticas, y perdonaré de buena fe las injurias.

1 Mr. de Fontanes.



PROLOGO

DE LA TERCERA EDICION.

He repasado cuidadosamente el estilo de este *Itinerario*, y segun mi costumbre, he escuchado los consejos de los críticos. Generalmente se han desaprobado las citas que he ingerido en el testo, y en su consecuencia las he colocado al fin de cada tomo: despojada de estas riquezas extrañas, acaso marchará con mas soltura la narracion.

En las dos primeras ediciones del *Itinerario*, hablando de Cartago, he hecho mencion de un libro italiano que no conocia. El verdadero título de esta obra, que he visto ya, es: *Ragguaglio del viaggio compendioso di un dilettante antiquario sorpreso da corsari, condotto in Barberia, e felicemente ripatriato*. Milano, 1805. Se me ha facilitado esta obra y no he podido poner en claro si el padre Caroni, su

autor, está conforme conmigo respecto de la posición que ocupaban las puertas de Cartago; sin embargo, están colocadas en el mapa del *Ragguaglio* en el mismo sitio donde me parece que deben estar.

Creo, pues, que el padre Caroni ha seguido, como yo después, la opinión de Mr. Humbert, oficial de ingenieros holandés, que manda en la Goleta. Todo lo demás que dice el anticuario italiano, acerca de las ruinas de la patria de Anibal, es sumamente interesante; y los lectores que compren el *Ragguaglio* lograrán el doble placer de leer una obra útil y de hacer una buena acción; porque el padre Caroni, que fué esclavo en Túnez, ha consagrado el producto de la venta de su obra al rescate de sus compañeros de infortunio, y esto es hacer un noble uso de la ciencia y de la desgracia: el *non ignara mali miseri succurrete disco* está particularmente inspirado por el suelo de Cartago.

El público parece haber recibido con indulgencia el *Itinerario*, pero se me han hecho, sin embargo, algunas objeciones, á las que tengo obligación en responder.

Dicen que he hecho mal en tomar al *Sousoughirli* por el Granico, y que he cometido tal vez error llevado únicamente de la idea de poder trazar con gusto el retrato de Alejandro. En verdad que recordando al conquistador macedonio, pudiera decir lo de Montesquieu: *Hablemos á nuestro placer*. Ciertamente que no dejaban de presentármese ocasiones, porque hubiera sido, por ejemplo, muy natural recordar á Alejandro hablando de Alejandría.

Pero ¿cómo un crítico que por otra parte ha analizado mi obra con tanto decoro, pudo persuadirse de que yo confundía de mi propia autoridad el nombre del Granico en el de *Sousoughirli*, á riesgo de hacer reír á la Europa culta á mis espensas? ¿No era natural creer que me apoyaba en



autoridades respetables? Estas citas eran tanto mas fáciles de reconocer, cuanto que yo mismo las he anotado en el testo. Como viajeros Spon y Tavernier, gozan de una general reputacion; y si aquí puede haber culpables de un error, ellos lo son tambien. He aquí, pues, el pasaje de Spon:

“Al dia siguiente continuamos nuestra marcha hasta el mediodía en que entramos en la hermosa llanura de la Misia, donde no se elevaban mas que pequeñas colinas. Por la tarde pasamos el Granico por un puente de madera sostenido por pilares de piedra, aunque fácilmente lo hubiéramos podido vadear. Este es el rio que se ha hecho tan célebre por el paso de Alejandro el Grande y por haber sido el primer teatro de su gloria, cuando dirigia su inmortal expedicion contra Darío. El Granico está casi seco en el verano; pero algunas veces se derrama en sus avenidas por las mas distantes llanuras. Su fondo es de arena y gujarros; y los turcos, que generalmente procuran limpiar las embocaduras de los rios, han dejado casi obstruir del todo la del Granico, lo que impide que pueda ser navegable. En la aldea de *Sousoughirli*, que no dista mas que un tiro de fusil, se halla un gran kan ó kiervansera, esto es, una hospedería ó posada al estilo del país, de la que Mr. Tavernier ha hecho una larga y esacta descripcion en sus viajes á Asia

“Dejando la aldea de *Sousoughirli*, continuamos el camino durante una hora mas por la orilla del Granico; y á seis millas mas allá, nos hizo observar el doctor Pierelin, al otro lado de la corriente y á bastante distancia del camino, los restos de un castillo que se cree haber sido edificado

por Alejandro, que debió tener el cauce muy inmediato á la fortaleza.”¹

Claro es, pues, que Spon llama, lo mismo que yo, bajo el nombre de Granico, al rio que pasa por la aldea de *Sousoughirli*.

Tournefort es todavía mas esplicito.

“El Granico, cuyo nombre no se olvidará jamás mientras la historia hable de Alejandro, corre de Sud-Este al Norte, y se dirige en seguida al Sud-Oeste antes de desaguar en el mar: sus orillas son muy elevadas á la parte del Poniente. Por consiguiente, las tropas de Darío ocupaban una ventajosa posicion, si la hubieran sabido aprovechar. Este rio, tan célebre por la primer batalla que ganó en sus orillas el grande capitán de la antigüedad, se llama hoy *Sousoughirli*, nombre de una aldea cuyas paredes baña....”

Podria añadir á estos testimonios, la autoridad de Pablo Lúcas (*Viaje de Turquía á Asia*, lib. II, pág. 131); la del gran *Diccionario de La Martiniere*, en la palabra *Granico*, tomo III, pág. 160; la de la *Enciclopedia*, en la misma palabra *Granico*, tomo VII, página 858; y en fin, la del autor del *Exámen crítico de los historiadores de Alejandro*, pág. 239 de la 2.^a edición; y en todas estas obras se podrá ver que el *Granico* es el mismo que hoy se llama el *Sousou* ó el *Samsou* ó el *Sousou-ghirli*; de modo que La Martiniere, los enciclopedistas y el sábio Mr. de Sainte-Croix, se han adherido á la opinion de Spon, Wheler, Pablo Lúcas y Tournefort. La misma opinion se encuentra en el *Compendio de la historia general de viajes* por La Harpe, tomo 29, pág. 86; y cuando un oscuro viajero como yo, tiene en su apoyo otros viajeros distinguidos, como Spon, Wheler,

¹ *Viaje á Italia, Dalmacia, Grecia y Levante*, por S. Spon y G. Wheler, to. I, págs. 285, 86 y 87 de la edición de Lyon, año 1678.

Pablo Lúcas y Tournefort, está fuera de toda crítica, mayormente si su opinion se halla confirmada por los ilustres sábios que acabo de citar.

Pero Spon, Wheler, Pablo Lúcas y Tournefort, se han equivocado, y han arrastrado en su error á La Martiniere, Sainte-Croix y Mr. La Harpe: mas esto pertenece á otra cuestion; y no soy yo quien debe fallar é investigar los errores de aquellos hombres célebres; á mí me basta apoyarme en su autoridad, y consiento en sufrir con ellos el mismo desprecio.

No sé si debo hacer mencion de otro pequeño reparo que se me hace al hablar de *Kirkagach*: yo me habia aventurado á decir que el nombre de esta villa no existia en ningun mapa; y á esto han respondido que efectivamente se encuentra en un mapa del inglés Arowsmith, casi desconocido en Francia; pero yo creo que esta cuestion es fácil de transigir.

En fin, me echan en cara el haberme abrogado el derecho de querer ser el primer descubridor de las ruinas de Esparta. Esta suposicion no deja de humillarme un poco: porque claro es que se ha tomado á la letra el consejo que dí en el prólogo de la primera edición, de que no se leyese la *introduccion al Itinerario*; pero respecto de esta objecion, he dicho bastante en el cuerpo de la misma obra, para que no se crea que he sido capaz de concebir esa vanidad. Yo cito en la introduccion y en el *Itinerario* á todos los viajeros que han visto á Esparta antes que yo, ó que á lo menos han hablado de sus ruinas. Giambetti, en 1465; Girand y Vernon, en 1676; Fourmont, en 1726; Leroy, en 1758; Riedsel, en 1773; Villoison y Fauvel, hácia el año 1780; Scrofami, en 1794; y Pouqueville, en 1798. Léase el primer tomo del *Itinerario*, donde he presentado las di-

versas opiniones que se han emitido acerca de las ruinas de Esparta, y se verá si es posible hablar de sí mismo con menos orgullo. Pero como me ha parecido, sin embargo, que algunas frases relativas á mis débiles trabajos, no eran bastante modestas, he querido suprimirlas ó modificarlas en esta tercera edicion.¹

Esta buena fe, á la que doy un gran mérito, se distingue, si no me engaño, en toda la obra. Podria citar en favor de mi sencillez muchos testimonios de gran cuantía; pero me contentaré con poner á la vista de mis lectores una prueba de la narracion concienzuda de mi *Itinerario*; y aseguro que esta prueba me es muy grata.

Si alguna cosa hay que parezca estraña en mi narracion, es sin disputa mi entrevista en Bethleem con el padre Clement. Cuando al volver de mi viaje se publicaron en el

1 Por último, no sé por qué me he empeñado en justificarme en tanto grado sobre algunos puntos de erudicion: bueno era sin duda que yo no me hubiera equivocado; pero ya que ha sido así, nada tengo que añadir; y declaro desde ahora, que no he concebido ninguna vanidad, ni como sábio, ni como viajero. Mi *Itinerario* no es mas que el camino rápido de un hombre que va á ver otro cielo, otra tierra y otras aguas, para regresar á su hogar con algunas ideas mas en la cabeza, y algunos sentimientos mas en el corazon: léase con detenimiento mi primer prefacio, y no se me pregunte ya lo que he podido ó lo que he querido escribir. Pero por lo demás, respondo de la exactitud de los hechos. Sin duda he cometido algunos errores de memoria; pero creo poder asegurar que no he incurrido en ninguna falta trascendental. He aquí, por ejemplo, una inadvertencia bastante singular, que acabo de reconocer: hablando del episodio de Erminia y del viejo en la *Jerusalen libertada*, pruebo que debe colocarse la escena en las orillas del Jordan, y añado que el poeta no lo dice, siendo así que dice muy formalmente:

Giunse (*Erminia*) del bel *Giordano* á le chiare acque.

No habiendo advertido á su tiempo este error, subsiste aún en esta misma edicion; pero me parece bastante esta indicacion para el lector.

Mercurio uno ó dos fragmentos del *Itinerario*, los críticos, ensalzando mucho mi estilo, parecian dudosos acerca de los hechos que cito del padre Clement. La carta siguiente, pues, hará ver si esta sospecha era bien fundada. Puedo asegurar que me es absolutamente desconocida la persona que me hizo el honor de dirigírmela.

